

TÍTULO: *Victor Jara*

AUTOR: Jordi Sierra i Fabra

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

El cadáver del niño, sentado y vestido con papel blanco, ocupaba la habitación principal de la casita de adobe. A su alrededor, se rezaba, y había lágrimas, pero también cierta confortante serenidad. La tradición decía que el niño muerto se había convertido en un ángel, y que ese ángel era dichoso, estaba en el cielo y le hablaban de Dios, y Dios le hablaba a él. No había, pues, motivos para la tristeza. Las flores de papel lo cubrían. Quedaban muchas horas hasta el amanecer. La cantora todavía andaba por el 'Canto a lo divino', en el que los versos, improvisados pero sentidos, buscaban infundir consuelo a los familiares. Cuando el sol estuviese a punto de asomar, llegaría el turno del 'Canto a lo humano', más abierto, más natural. A esa hora, más de uno ya estaría ligeramente bebido.

Victor, acurrucado junto a su madre, cerraba los ojos de vez en cuando, aunque no quería dormirse. Le gustaba estar con ella, oír la cantar. Amanda cantaba muy bien, y también sabía tocar la guitarra. Conocía cientos de canciones populares. En casa apenas si quedaba tiempo para que cantara o tocara. En casa todo era trabajo. Pero allí, en el velatorio, en todos los que había estado y en todos los que estaría, había paz. Manuel no estaba. Sólo ella y él.

Su madre era una mujer de estatura pequeña, regordita, amable, de perpetua sonrisa. Una mujer hecha de fuerza y coraje, aunque de todos sus hijos, sólo el que estaba acucillado a su lado había heredado su sensibilidad musical. Victor habría escuchado sus canciones durante horas. A veces esperaba tanto un velatorio como una boda para oír la cantar, aunque en el primer caso, se tratara de la muerte de un niño como él.

Cerró los ojos una vez más.

Amanda acercó su mano hasta él. Lo acarició. Fue como una invitación al abandono. Victor cruzó la última puerta y se durmió, mientras a su alrededor seguían los rezos y su madre cantaba, cantaba, cantaba sin cesar aquella peculiar serie de versos en que la voz, al final de cada uno, quedaba suspendida de un vacío casi hipnótico, arrastrándose hasta enlazar con el siguiente.

Quedaba muy poco para que oscureciera, y apenas si habían recogido unas ramas secas. Victor los apremió:

-Se hace tarde. Regresará padre y habrá problemas.

Coca y Lalo no le hicieron caso. El primero llevaba el hacha, la segunda el cuchillo. Victor no llevaba nada. Aún era demasiado pequeño y podía cortarse. Su misión era recoger la hierba que serviría para alimentar al cerdo.

-Cuando pueda me iré a Santiago -dijo Lalo una vez más.- Iré, aunque sea andando.

Victor se miró sus pies descalzos. Santiago estaba a unos ochenta kilómetros, pero ésa era una distancia tan grande como la que separaba a la tierra de la luna. Lonquén era casi un mundo

aparte, aislado. La única comunicación con la capital era un sendero de tierra que atravesaba las montañas. Y Lalo decía que pensaba ir a pie. Bueno, a lo mejor tenía unas buenas ojotas, hechas con neumáticos en desuso y tiras de cuero por encima.

-Aquí hay mucha -se detuvo Coca.

Comenzaron a formar los hatos, cortando, separando y juntando las ramas con mano experta, aumentando su tamaño hasta que llegó a tener el doble de volumen que ellos. Luego los ataron para empezar a arrastrarlos.

-El cerdo va a pasar mucha hambre -dijo Lalo a su hermano pequeño-. Recoge más hierba.

Manuel estaba borracho.

Y cuando su padre estaba borracho, nadie hablaba, no había alegría. Todos esperaban el primer golpe, o el primer grito.

-Padre, ¿mañana podré dar una vuelta en el trillo?

Era muy natural en Víctor hablar cuando nadie lo hacía. María, Coca y Lalo le dirigieron tres miradas temerosas.

-¿Vas mañana a arar con tu padre? -preguntó Amand.

-Sí -dijo el niño.

El hombre no hablaba.

-Eres demasiado pequeño para andar entre los surcos -suspiró su madre.

-Cuanto antes aprenda, mejor -rompió su silencio Manuel.

-Víctor tiene que estudiar.

-No es especial -su marido la miró furioso.

Amanda iba a decir que sí lo era, pero la presencia de sus tres hijos mayores la detuvo. María era analfabeta, y estaba destinada a ayudarla en la casa hasta que se casara. Coca, aunque su nombre real era Georgina, tenía un carácter violento, nada femenino y disfrutaba peleando como un niño. Lalo, cuyo nombre verdadero era Eduardo, odiaba la escuela. Sólo Víctor disfrutaba leyendo y aprendiendo. Así que, desde luego, sí era especial. Muy especial.

-Cuando empiecen las clases no podrás acompañarte. -dijo firme.

-Él hará lo que yo diga. Le necesito.

-Tienes a Lalo.

-Víctor tiene que prepararse para el trabajo -insistió su padre.

-Manuel...

De improviso, el plato de sopa voló por el aire. No la alcanzó. Pasó por su derecha y se estrelló contra la pared. Pero lo que hizo acurrucarse a Amanda fue ver cómo su marido se levantaba.

María se echó sobre Víctor para protegerlo. Coca y Lalo se apartaron mirando a su hermano menor con acritud, como si él hubiera sido el responsable de la trifulca. Afuera, en la casa de adobe que los rodeaban, es escucharon los primeros gritos. Y todos supieron que en el hogar de los Jara volvía a haber pelea.

El arado se hundió en la tierra. La voz de Manuel dio la orden.

-¡Jía!

Y los bueyes comenzaron a andar.

Víctor empujaba con la mente más que con los brazos. Quería que su padre, alguna vez, le diera una palmada en el hombro, un beso, una caricia, un elogio. Pero Manuel era tan reacio como la tierra y tan seco como las ramas que recogían cada tarde. No estaba conforme con su destino. Odiaba aquello que era, y ese odio se hacía extensivo a los demás.

La tierra en la que trabajaban pertenecía a la familia Ruiz-Tagle. La única casa hermosa de Lonquén era la suya. Un palacio. Los habitantes del pueblo, por lo tanto, eran 'inquilinos' suyos. Los 'inquilinos' recibían una casa de adobe con dos o tres habitaciones, sin luz, ni agua, ni cocina interior pues el horno de tierra estaba fuera, y con la casa se incluía una parcela para trabajar, de la que tenían que comer. El hecho de que esas tierras fuesen pobres lo hacía todo más difícil. Al igual que el hecho de que el dinero que percibían como asignación estuviese ya gastado por la compra de enseres u otros alimentos que vendían los mismos dueños de las tierras.

Se necesitaban dos hombres para cada parcela. Y Manuel estaba solo. Lalo aún no era un hombre y Víctor...

-Habrà que buscar un huésped -solía repetir Manuel.

Se acercaba el tiempo de cosecha. Sí, necesitaban un huésped, un segundo hombre, dos manos más. Y con ello, tendrían una habitación menos, así que les tocaría dormir más apretados.

Por lo menos los días de cosecha eran hermosos. Y más las noches, cuando pese al cansancio, se reunían al amparo de las fogatas para cantar.

Amaba la música. Y su madre era la gran cantora de Lonquén.

-¡Jía! ¡Jía!

Apretó más. Miró a su padre.

Pero el hombre tenía los ojos más allá de los suyos y de los bueyes, en las montañas, en el horizonte, en ninguna parte.

Aprieto firme mi mano/ y hundo el arado en la tierra./Hace años que llevo en ella,/ cómo no estar agotado./ (...)Afirmo bien la esperanza/ cuando pienso en la otra estrella./ Nunca es tarde me dice ella.

De El arado